

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS



PUNTO DE VISTA

- 2 *Francesco Luti* – Italo Calvino en España
 18 *Mario Martín Gijón* – Las Españas del exilio
 34 *José María Herrera* – La tauromaquia de Marcos Bontempo



MESA REVUELTA

- 48 *Francisco Fuster García* – La poesía autobiográfica de Carmen Baroja
 63 *Raquel Velázquez Velázquez* – César González-Ruano en *La Vanguardia Española* (1944-1964)
 74 *J. Jorge Sánchez* – Poesía después de Auschwitz: provocación e intemperividad
 88 *Pablo d'Ors* – Tres narradores: Hesse, Kundera y Kafka
 95 *Toni Montesinos* – El transcendete Concord de Thoreau
 102 *Julio César Galán* – Horizontes sobre el ensayo de Rafael Argullol



ENTREVISTA

- 112 *Carmen de Eusebio* – Pablo Raphael: «Somos la sociedad de los distintos que forma el gran mosaico de los individuales»



BIBLIOTECA

- 126 *Julio Serrano* – Memorias de la copa de un árbol
 130 *Agustín Calvo Galán* – Prosas del expatriado
 135 *Manuel Arias Maldonado* – Anhelo de suelo firme
 140 *Juan Ángel Juristo* – Autorretrato en álbum de familia
 144 *Isabel de Armas* – Waterloo, doscientos años cumplidos



La poesía autobiográfica de Carmen Baroja

Por Francisco Fuster García

Precisamente cuando el hombre ha sido demasiado humillado, cuando se ha cerrado en el rencor, cuando sólo siente sobre sí «el peso de la existencia», necesita entonces que su propia vida se le revele. Y para lograrlo, ejecuta el doble movimiento propio de la confesión: el de la huida de sí, y el de buscar algo que le sostenga y aclare.

MARÍA ZAMBRANO

Carmen Baroja y Nessi (Pamplona, 1883-Madrid, 1950) fue durante casi toda su vida una mujer en la sombra y se convirtió, después de muerta, en una escritora olvidada, condenada a mantenerse en ese discreto segundo plano en el que se desarrolló la mayor parte de su existencia. De hecho, aun hoy sigue siendo más conocida por ser la «hermana de» (del novelista Pío Baroja y del pintor y grabador Ricardo Baroja) o la «madre de» (del historiador y etnógrafo Julio Caro Baroja y del documentalista Pío Caro Baroja), que por haberse forjado una identidad propia y diferenciada dentro de esa especie de *gens* cerrada y, a la vez, compleja, que fue el clan barojiano. No obstante esta realidad insoslayable, no es menos cierto que, desde hace ya varios años, quienes deseen profundizar algo más en la personalidad de esta mujer que vivió siempre rodeada de hombres lo pueden hacer a través de los textos au-

tobiográficos que escribió en el período final de su vida y que fueron publicados, por fin, en la década de los noventa del siglo pasado, tras haber permanecido inéditos nada menos que medio siglo.

Desde el punto de vista de la cantidad de información que nos aporta, el más importante de estos testimonios es, sin ninguna duda, *Recuerdos de una mujer de la generación del 98* (1998), unas memorias escritas entre 1943 y 1946 que hoy conocemos gracias al esfuerzo de Amparo Hurtado, quien, con paciencia y rigor, reconstruyó, editó y estudió las decenas de hojas sueltas que conformaban el manuscrito. Es en esas notas, ya ordenadas y editadas, donde más y mejor se puede escuchar, aunque sea en voz baja y en un tono de tristeza y pesimismo imposible de disimular, la palabra de una mujer que desde su niñez mostró un especial interés por todo lo artístico y lo literario; un amor al arte que, sin embargo, jamás

pudo ir más allá, pues unas veces el ambiente familiar poco propicio (es muy recurrente el lamento por la educación «de género» recibida) y otras el contexto social de la España de la época, hicieron que esa fuerte vocación nunca llegase a convertirse en profesión, como sí sucedió en el caso de sus dos hermanos varones. En este sentido, es verdad que las memorias de Carmen Baroja «confirman que para muchas jóvenes de clase media a finales de siglo el arnés que las mantenía dentro de la rutina del trabajo doméstico, la costura y las prácticas religiosas resultaba atrozmente doloroso» (Kirkpatrick, 2003: 34). Por eso, y como ha señalado con acierto José-Carlos Mainer, al margen de su opinable calidad literaria o del contrastado valor que tienen como documento útil para conocer la realidad de la familia Baroja desde dentro, a través de una mirada distinta a las que hasta entonces conocíamos (el cultivo la literatura autobiográfica es una característica intrínseca del gen barojiano, pero faltaba esa perspectiva femenina que nos aportan estas páginas), la publicación de estas memorias hace ya algunos años fue muy oportuna porque nos permitió asomarnos «a la cara oculta de un país, a un rumor de queja que apenas hemos sabido oír nunca» (Mainer, 1999: 12).

A esa otra cara de la moneda es a la que mira también la producción poética de Carmen Baroja, recopilada y editada por su hijo menor, Pío Caro Baroja, en *Tres Barojas* (1995): una suerte de «poesía completa» (es posible que escribiese más, aunque aquí están solo los poemas que se conservaron «en limpio» o en forma de borrador, más o menos acabada)

en la que se reúnen un total de veinticuatro composiciones –la mayoría de ellas inéditas– escritas en la etapa final de su vida (1945-1950). Unos versos de calidad heterogénea, pero de un innegable valor autobiográfico que, pese a haberse publicado tres años antes que los *Recuerdos* y servir como el complemento ideal para conocer y profundizar en la vertiente más íntima de su escritura, pasaron inadvertidos para una crítica que nunca les ha dedicado la atención que, a mi juicio, tal vez merecerían.

NOSTALGIA DE LA JUVENTUD PERDIDA

En la primera página de sus memorias, fechada en 1943, Carmen Baroja divide su peripecia vital en cuatro momentos o etapas: una niñez de «chicuela inconsciente y saltarina» (Baroja, 1998: 43), en la que todo era solaz y alegría; una juventud «romántica y un poco preciosa» (p. 43), marcada por su temprano descubrimiento del arte (son los años en los que nació su interés por la orfebrería); una madurez de realismo y desencanto, condicionada por el fracaso de su matrimonio con el editor italiano Rafael Caro Raggio (1887-1943); y, por un último, una vejez de viuda en la que solo el cariño incondicional de sus hijos le consolaba de su pesadumbre y le hacía sentirse «recompensada y feliz» (p. 44), como no lo había sido nunca.

De este repaso a vuela pluma por sesenta años de recorrido vital destaca esa deliberada alusión a lo que después será una constante en su reflexión autobiográfica: el reconocimiento de haber tenido una juventud poco amable y, ligada a esta confesión, su autoinculpación como

principal responsable de una desdicha que, a su modo de ver, obedecía sobre todo a su egoísmo y al error terrible de «haber pedido a la vida más de lo que en general suele otorgar» (p. 43). Por eso, admite nuestra protagonista desde el principio del relato, la suya fue una existencia más bien gris y prosaica en la que «las preocupaciones empezaron pronto y siguieron sin apartarse» (p. 44), y en la que al mirar atrás, lo único que se veía era «un camino recto, seguido, largo, aburrido, larguísimo, monótono, siempre igual, con desgracias de vez en cuando y apenas una pequeña sonrisa» (p. 44). Es el mismo sentimiento que se deja notar en los tristes versos finales del poema «Anochecer» (1945-1946) en los que, a la nostalgia de esa juventud perdida, que dejó en ella un poso de amargor y desengaño, se suma esa sensación –verbalizada muy a menudo por nuestra autora– de que, independientemente de su cuota personal de responsabilidad, plenamente asumida, las circunstancias que rodearon la vida de Carmen Baroja no fueron –ni mucho menos– las mejores para que esta se desarrollara de forma feliz y plena (Baroja, 1995: 27-28):

*En la estancia, pintura o poesía, /
conversación movida o animada / o so-
ledad, silencio deleitoso, / evocador de
añoranzas pasadas, / que nos puebla la
estancia de quimeras, / de esfumadas
escenas que no fueron, / de juventud, de
sombras placenteras, / de realidades va-
gas que surgieron. / Creemos percibir el
balbuceo/de vocecitas tiernas que calla-
ron, / recuerdos largos de pasada vida/sin
aliciente de gozo, ni amor, / años pesados
que, entre gris huida, / nos legaron un
dejo de amargor. / Un anhelo sutil viene*

*del pecho / y la memoria exclama sor-
prendida: / ¿Qué otra cosa podrías haber
hecho / por el camino estrecho de tu vida?*

Si hay una imagen que resuma el ma-
lestar que, desde su adolescencia, fue
compañero inseparable de Carmen Ba-
roja, esa es la del desdoblamiento de su
identidad entre la realidad y el deseo:
entre el rechazo que le generaba el modo
de vida que se veía obligada a llevar, y la
aspiración a vivir otro tipo de vida, más
independiente, que primero fue un sue-
ño a alcanzar y, después, una pesadilla
que la perseguía. Así describió la sensa-
ción en un pasaje de sus memorias: «Mi
espíritu cada vez se iba dividiendo más
entre la vida cotidiana, que sin duda era
estúpida y aburrida, y lo que yo pensaba,
entre mis amigas y mis conocimientos
de gentes de clase media, pequeño-bur-
guesas que hubieran dicho los rojos, y
mis lecturas y lo que hubiese querido
hacer» (Baroja, 1998: 56). La conse-
cuencia directa de esta escisión es que,
desde ese primer momento, su existen-
cia quedó repartida en dos mitades irre-
conciliables: «la vida aburrida de seño-
rita burguesa, con mi madre, cosiendo y
trabajando en casa» (p. 57), y otra vida
distinta «con lecturas, con lo que oía a
mis hermanos y con lo que yo pensaba»
(p. 57). A pesar de todo lo que hacía por
intentar evitarlo (estudios, trabajos, lec-
turas), un enemigo se cruzaba una y otra
vez en su camino: el aburrimiento. Pero
no el aburrimiento típico de los adoles-
centes reflexivos y ensimismados que no
saben qué hacer en sus ratos libres, sino
un aburrimiento «de muerte», cuyo re-
cuerdo se le quedó grabado en la memo-
ria, hasta el punto de que, a la altura de

los años 1945-1946, cuando escribe el poema «Tu calle», revive la ansiedad de esas horas y el desasosiego que le causaba el ver pasar las horas lentamente, sin poder hacer lo que le hubiese gustado, y con la angustia de saber que el tiempo corría y la vida se le escapaba (Baroja, 1995: 30):

Pasando van las horas, lentas, / las cuatro..., las cinco..., las seis... / El sol se va marchando a tientas / y ya mancha la calle sólo al bies. / Al cielo, en la lejanía, / le salen ráfagas de arrebol. / Los vencejos chillan a porfía / al cruzar el abierto mirador. / Tú contemplas, desde el balcón, / la noche triste que llega ya, / y sientes en el corazón / la vida necia que se va. / Mujer, no te lamentes, / ni triste estés ni te preguntes con inquietud, / como el pobre poeta francés: / ¿qué has hecho de la juventud?

En el retrato que hace de ella en sus memorias familiares, Julio Caro Baroja reconoce que, como él mismo comprobó tras leer el manuscrito de su autobiografía, Carmen Baroja fue una mujer que jamás alcanzó esa felicidad plena a la que aspiraba, debido, entre otras razones, al hecho de no haber encontrado ni el ambiente ni el medio adecuado para dar cauce a las enormes ganas de aprender cosas nuevas que demostró desde muy pronto: «Mi madre quería saber y vivir y no tenía ni el fatalismo de mi abuela ni las ideas “prudentes” de las señoritas españolas» (Caro Baroja, 1997: 61). En el intento por encontrarle sentido a esa insatisfacción que caracterizó su descontentadizo carácter, Caro Baroja va incluso más allá y llega decir que, posiblemente, su madre tenía una visión

romántica y algo ingenua de la vida que le hizo crearse ilusiones que luego no pudieron materializarse: «Un romanticismo muy grande henchía su alma y este romanticismo le llevó a creer en cosas que sólo pocas veces la defraudaron» (p. 62). Y, efectivamente, ese talante inquieto y curioso, siempre dispuesto a ir un paso más allá de lo supuestamente permitido para una joven burguesa de la España de principios del siglo XX, también aparece reflejado en el comienzo de un poema autobiográfico elocuentemente titulado «La meta» (1945), donde se establece una clara oposición entre lo que la autora quiso pedir a la vida y lo que esta finalmente le ofreció (Baroja, 1995: 39):

Recuerdo yo, en mi juventud lejana, / un anhelo profundo de luchar, / de vivir la vida arcana, / de investigar el misterioso mundo. / Pedía yo a la vida, locamente, / lo que a nadie otorgó, / y esperaba en los días, impaciente, / lo que jamás llegó. / Creía yo en lo místico, en amores, / en amistad sin fin, / ansiaba ver del lujo los fulgores, / de la tierra el confín...

Como no es difícil de imaginar, este ansia de libertad e independencia desembocó en una frustración continua que, por si fuera poco, tenía también un fuerte componente de autocrítica, por ese cargo de conciencia que arrastraba al considerar que ella misma había contribuido a la «tragedia», como la califica en algún momento, no conformándose con lo que el destino le había deparado. Pero, dejando a un lado su parte de «culpa», hay otro factor muy presente en la literatura autobiográfica de nuestra autora en el que me gustaría reparar, pues a él dedi-

ca Carmen Baroja varios pasajes de sus memorias y algún que otro verso de su poesía en el que también alude a él, directa o indirectamente. Me refiero, claro a esta, a un ambiente familiar que, si bien fue extraordinariamente propicio para el desarrollo de las facultades y las carreras –artística y literaria, respectivamente– de sus hermanos, Pío y Ricardo Baroja, no lo fue tanto para el caso de quien, ni en su casa ni el matrimonio encontró las mínimas condiciones necesarias para poder salir de ese rol de «ángel del hogar» que ocupaba la mujer en la sociedad decimonónica.

Por seguir un orden cronológico, quizá convendría fijarse primero, antes de abordar el asunto amoroso y el episodio del matrimonio, esos años de niñez y adolescencia compartida con sus padres y hermanos, cuya imagen que podemos reconstruir a partir de algunas pinceladas que ofrece nuestra protagonista en sus memorias. Lo primero que llama la atención de las páginas que Carmen Baroja dedica a este tema, es su denuncia enérgica y nada complaciente de una realidad que, por otro lado, no deja de ser la común y habitual en la mayoría de los hogares burgueses de la España de la época. Consiste dicha queja en la constatación de que, desde muy pequeña, la matriarca de la familia Baroja, Carmen Nessi, acostumbra a su única hija a «sentir la idea del deber» (Baroja, 1998: 45), lo que traducido a un lenguaje actual podríamos sintetizar en la necesidad de asumir que, como mujer, su responsabilidad en el buen funcionamiento de lo doméstico estaba muy por encima que la que pudiesen tener sus hermanos varones (que tenían, encima, la preeminencia

del mayor sobre la menor)¹ y, el día que lo tuviese, su marido:

La moral de mi casa, muy a la española, era por demás rígida para mí en cosas pueriles y sin importancia, y muy laxa para mis hermanos en cosas que yo, ya entonces, consideraba importantes. Luego, después de casada, esta moral todavía se acentuó más y ya no tuve derecho más que a hacer mis labores domésticas y llevar la carga de muchísimas cosas. Lo que pudiera hacer fuera de esto o de ahorrar molestias y trabajos a los demás era como robar algo a mis deberes de mujer de su casa. Según mi familia no tenía derecho a nada más o acaso yo lo pensaba (p. 45).

Por lo que se deduce de sus palabras, lo que más le molestaba de la actitud de su madre es ese sesgo machista en su manera de educar a los hijos, siendo permisiva con los varones, a quienes se les perdonaba todo, pero severa y rigurosa con ella y con sus obligaciones para con el resto de miembros del clan: «Mi madre, como mujer muy instintiva que era, tenía una gran opinión de los hombres sólo porque lo eran. De ahí, el creer que mis hermanos tenían derecho a vivir como les diera la gana» (p. 67). Si a esto añadimos el hecho de que, tanto Ricardo como Pío tenían una idea «muy española con respecto a las mujeres y la familia» (p. 68), parece bastante lógico que una mujer que creía en la igualdad de los sexos y se definía a sí misma como «francamente feminista» (p. 68), no se encontrara nada cómoda en un ambiente en el que se sentía minusvalorada e incomprendida, no solo por parte de sus seres más cercanos, sino por una socie-

dad en la que el movimiento feminista apenas empezaba a dar sus primeros pasos. Como no podía ser de otra manera, la marca que dejó en su personalidad reapareció en la vejez y tuvo su eco en el poema «La niña del balcón» (1945), en cuyos versos se nos cuenta la historia de una niña –a la que, con toda certeza, podemos identificar con la autora– a la que se educa en los valores de sacrificio y discreción tenidos por consustanciales al sexo femenino en la España del cambio de siglo. Como vemos, el poema adopta la forma de una contraposición entre lo que se le dice a la niña que debe ser o hacer, y lo que la propia niña sabe que existe, pero le está vedado (Baroja, 1995: 41-43):

La niña rubia del balcón / cose detrás del cristal. / ¿Qué le susurra el corazón / a la niña rubia del balcón? / Una canción pueril, tranquila, / oye la niña rubia del balcón: / limpiar, coser, cuidar las flores, / terminar el pañito de festón... [...] / Y en el pecho recibe la punzada / de libertad, amor y frenesí, / de rebelión, de vida no gustada, / de sentir las pasiones junto a sí... / ¡Un momento! Otra vez, muy dócilmente, / se vuelve, sometida, a su canción. / ¡Rapsodia conocida, no olvidada, / la que le cuchichea el corazón! / Letanía monótona o alada, / compuesta de paciencia y de deber, / que de niña, mujer o enamorada / tendrá constantemente que entender. [...] / Y, si tu alma / llora, angustiada, gotas de pasión, / tu cara, sonriente y resignada, / a todas las esconderá en el corazón.

Por lo que cuenta su hijo mayor, la joven Carmen Baroja se sintió siempre sometida a una vigilancia materna que, ni si-

quiera durante las visitas de sus amigas a la casa familiar, le dejó un momento de respiro: «En el viejo edificio de la calle de la Misericordia y aun todavía en la de Mendizábal, desde los dieciocho a los veintitantos años, mi madre era el elemento que aglutinaba más a una serie de jóvenes aficionadas a las artes y a las letras y que celebraban allí sus reuniones, siempre vigiladas por un coro de mamás severas» (Caro Baroja, 1997: 61). Una vez casada, la situación para ella no fue mucho mejor, pues muy pronto se dio cuenta de su «falta de inteligencia» con Rafael Caro Raggio, con quien contrajo matrimonio en 1913 y de quien se había formado una imagen idealizada –por entonces era un joven italiano, bien parecido y cultivado– que no se correspondía con la realidad de un hombre con el que, en verdad, no congeniaba: «Se casó con mi padre ya al borde de la treintena. Pero en el matrimonio no encontró la felicidad que esperaba. Mi padre no tenía ni los rasgos, ni los defectos, ni las cualidades, que ella le había atribuido en el noviazgo» (p. 62). Sobre la insatisfacción amorosa que marcó su vida sentimental y sobre la infelicidad que le supuso el no haber encontrado al hombre ideal, versa un poema sin título (el número XIV de *Tres Barojas*), fechado en 1948 (cuando ya hacía cinco años que estaba viuda), cuyo evidente telón de fondo no es otro que el de ese matrimonio sin entendimiento que vivió en primera persona (Baroja, 1995: 53):

¡Mira que te pierdes, niña! / La estrella le preguntaba: / ¿Es que no estás satisfecha? / ¿Es que estás enamorada? / ¡Mira que te pierdes, niña! / Ella miraba, miraba, / y, contemplando el lucero,

/ Estas razones le daba: / Tengo el alma dolorida, / Tengo nostalgia, nostalgia, / Quiero y no sé lo que quiero, / Sufro y no sé de qué ansia, / Quiero que un hombre me adore, / Quiero llorar por su causa, / Quiero saber por qué vivo. / Quiero sentirme extasiada, / Quiero y no sé lo que quiero, / Sufro y no sé por qué causa.

Con respecto al tema del ambiente familiar en el que se crió, llama la atención que dedique el poema «Tres Barojas» (quizá el más conocido de todos los reunidos por Pío Caro Baroja en el poemario homónimo), fechado en 1945-1946, al recuerdo que le quedó en su vejez de sus hermanos mayores, Ricardo y Pío, con quienes tuvo momentos de complicidad, pero también desencuentros, motivados –entre otras razones– por el hecho de que estos no solo no reconocían su dedicación a mantener la buena armonía en el hogar, sino que daban por hecho que, siendo mujer, lo anormal hubiese sido lo contrario. «Los demás –dice nuestra autora en sus memorias–, que no ven el esfuerzo y están hechos a él, ni notan el sacrificio, ni tienen por qué agradecerlo; al contrario, muchas veces encuentran faltas, mientras una, encima de sentirse molesta por tener que hacer cosas que no le agradan, tampoco encuentra satisfacción en este odioso deber cumplido» (Baroja, 1998: 45). Por eso, y aunque en un verso del citado poema dice de esa juventud de los tres hermanos que fue «vida en dulce y fraternal amor» (Baroja, 1995: 26), la realidad es que, en más de un pasaje de su autobiografía, se muestra muy crítica con la actitud, poco o nada comprensiva, que tanto Pío como Ricardo mantenían para con ella:

El egoísmo de Pío siempre ha sido terrible; ahora ya da[ría] risa si no diera pena. A Ricardo le pasa igual [con] el egoísmo y la roñosería. Es terrible tener que convivir con personas que la mayor parte de su ser lo tienen que volcar al exterior, tienen que vivir, aunque ellos no lo noten, para la gente, para el arte o la literatura o la política, nada para la familia ni para la casa (Baroja, 1998: 54).

Aunque su diferencia de edad con ambos era notable (Ricardo era doce años mayor que ella y Pío, once), sí se puede decir que, tal vez por compartir con él aficiones artísticas (además de al encaje y al estudio de joyas y amuletos, a los que se dedicó ya en su madurez, Carmen Baroja practicó la orfebrería durante su juventud y llegó a participar en Exposiciones Nacionales, ganando incluso alguna Medalla), nuestra escritora se sintió siempre más cerca de su hermano Ricardo, con quien llegó a compartir su estudio-taller de pintura, que de Pío, con quien ni siquiera coincidía en los gustos literarios. En opinión de su hijo menor, Pío Caro Baroja, esta mayor simpatía se debía, tal vez, a que, a pesar de sus diferencias, Ricardo Baroja era un hombre más sociable y atractivo que Pío, quien siempre tuvo un carácter más reservado e introvertido: «Mi madre tenía muy vivo el recuerdo de su hermano en la plenitud de la vida, se habían querido de niños, y le disculpaba y le perdonaba todo. [...] Para una mujer, aun siendo hermana, la figura de Ricardo con sus veleidades y equivocaciones era más atrayente [que la de Pío]» (Caro Baroja, 2002: 182-183). Quizá por eso, cuando Carmen pensó en definir a sus dos her-

manos con unos pocos adjetivos, en los primeros versos de «Tres Barojas», los elegidos para retratar a Ricardo fuesen de un tono bastante más amable que los atribuidos a Pío (Baroja, 1995: 25):

¿Eres el mismo? ¡Pobre hermano mío! / ¡Aquel Ricardo, esbelto y placentero! / ¡El que grabó y pintó con tanto brío, / el que escribió con éxito, altanero! / Y tú, Pío, decrepito, aburrido, / la cara pálida, el paso macilento, / ya no persigues al ham-pón huido / ni el feroz guerrillero es tu tormento.

UN CONSUELO DE LA VEJEZ

Desde el punto de vista de su subjetividad, de las emociones íntimas, los últimos años de vida de Carmen Baroja estuvieron marcados por dos sentimientos más o menos complementarios. Por un lado, la resignación ante el destino y la aceptación de que, con sus pros y sus contras, el pasado era algo que ya no se podía cambiar, por lo que convenía no atormentarse y mirar al futuro para evitar caer en un estado de depresión crónica. Por otro lado, a la inevitable sensación de culpa por no haber podido –o sabido– ser feliz que pesaba sobre su conciencia, se unía durante esta etapa final el deseo y casi la necesidad de dedicarse en cuerpo y alma a sus hijos, en quienes había volcado todo su cariño desde el momento en que nacieron, y a quienes siempre había intentado mantener al margen de sus cíclicos cambios de ánimo:

[...] yo quisiera, antes de volverme egoísta con ellos, antes de defraudarles como yo me sentí defraudada y que pudieran perder esa estimación que tienen por mí, morirme mil veces, porque úni-

camente quien lo ha pasado sabe el sufrimiento que supone la desilusión en plena juventud por personas a las que se ha querido y de las que se ha esperado y supeditado todo en la vida (Baroja, 1998: 46).

En uno de los poemas más tristes y, a la vez, más sentidos de cuantos escribió, titulado «Cuando yo no esté aquí» (1947), nuestra autora enumera las cosas que más le hicieron feliz (el arte, la música, el paisaje) y dice que, cuando «la tierra dulcemente me acoja», aquellas seguirán su propio camino, incluidos, por supuesto, sus hijos, a quienes dedica los versos más dulces (Baroja, 1995: 45):

Pelo sedoso de niñez primera, / beso en los labios / de boca carmesí, / manita torpe, gordezuela y tibia, / apretada por mí. / Presión lenta del hijo adormecido / ¿cómo vivir sin ti? / Aunque me encuentre en el Edén tranquila / me acordaré de ti.

Y es que, en realidad, sus hijos² fueron para Carmen Baroja algo más, sobre todo en el caso de Julio, el mayor, que se convirtió desde muy pequeño en un auténtico cómplice para ella y en la persona que, debido a su inteligencia precoz, antes se dio cuenta de lo que pasaba en casa y de que su madre necesitaba el apoyo que no había podido encontrar en su matrimonio: «Mis hijos desde muy pronto... Julio era pequeñísimo cuando ya se daba cuenta de todo. Ellos han sido los que han sabido conocer a cada uno de la familia mejor que nadie. A mí, además del cariño natural, me aprecian y me estiman; en el fondo, son los únicos de mi alrededor que me han querido de veras» (Baroja, 1998: 45-46). Huelga decir que se trataba de un cariño recíproco y

que, en cuanto Julio Caro Baroja tuvo la ocasión de escribir por primera vez sobre su madre, en el capítulo de sus memorias en que se ocupa de ella, también la describió en términos que denotan el fortísimo vínculo que le unió a «la persona de más alta significación en mi vida afectiva» (Caro Baroja, 1997: 59), según sus propias palabras. Así, al comentar las dificultades por las que pasó el matrimonio de sus padres, cuenta Caro Baroja que el nacimiento y la muerte de los hijos pudo influir, de alguna manera, en el devenir de la pareja, acercándoles o separándoles, si bien reconoce que, desde casi el primer momento, se percibía que su madre no estaba enamorada y que ese hueco que dejaba su marido lo habían cubierto él y sus hermanos:

Ella soñaba –como digo– con un hombre práctico, enérgico, distinto a los de casa, y mi padre era un hombre que se creía práctico, pero que no lo era, un soñador de carácter hasta cierto punto hamletiano. El matrimonio se asentó, de todas formas, cuando nacieron los hijos. La muerte de los dos que iban detrás de mí les debió distanciar luego por un tiempo, según lo que yo llevo a recordar. Al nacer mi hermano menor parece que la unión fue otra vez mayor. Pero ya era la unión de la costumbre, de los intereses familiares, no de los enamorados.

Mi madre se refugió cada vez más en el amor de los hijos. No habrá habido madre más cariñosa y comprensiva, ni compañera más dulce (Caro Baroja, 1997: 62).

Por otra parte, y esto es prácticamente una ley no escrita que rige desde siempre dentro del clan barojiano, donde cada

generación ha ido escribiendo su propia historia y rememorando, también, la de sus antepasados, Carmen vio en la figura de sus hijos a los responsables de perpetuar su memoria y la de sus hermanos, como evidencian los versos finales del ya citado poema, «Tres Barojas», en los que la autora recuerda que, cuando ellos tres ya no estén, sus hijos vivirán para honrar sus nombres y reivindicar sus obras (Baroja, 1995: 26):

De nuestras juventudes, ¡tan lejanas! / vividas en dulce y fraternal amor, / sólo quedan tres ruinas, ya pasadas, / que dejarán la vida sin temor. / Y mis dos hijos, en su fiel memoria, / de nuestro viejo tronco, verdes hojas, / al referirse a un lejana historia / recordarán por siempre a tres Barojas.

Aunque ya he señalado que al principio de sus memorias hace un balance negativo de lo que había sido su existencia, en las páginas finales de los *Recuerdos de una mujer de la Generación del 98*, y tal vez para quedarse con un buen sabor de boca, dice Carmen Baroja que tuvo una vejez muy plácida junto a sus hijos, viviendo en tranquilidad y armonía, y con la única desazón de las dificultades económicas que la familia pasó durante de la posguerra:

Ahora que he cumplido 60 años, estoy viuda y vivo con mis dos hijos y Pío en la calle de Alarcón, 12, principal A, izquierda... Si no fuera por las preocupaciones de dinero, por la carestía de vida, me encontraría tan a gusto como nunca lo he estado, viviría con la máxima serenidad. Verdaderamente feliz y gloriosa. No me atrevo ni a decirlo de miedo que me da volver a perder (Baroja, 1998: 209).

En este sentido, me atrevo a decir que, pese a los sinsabores acumulados a lo largo de toda su vida, nuestro autora llegó a reconciliarse consigo misma y a «conformarse», por decirlo de alguna manera, con un pasado en el que, si bien no había sido todo lo feliz que ella hubiese esperado, también había gozado de algunas alegrías inesperadas y, sobre todo, del amor de unos hijos que lo compensaban todo. Desde el punto de vista del contexto histórico, no es menos cierto que la terrible Guerra Civil que había enfrentado al país y que ella había vivido en Itzea, donde los Baroja se refugiaron durante esos tres largos y penosos años que duró la contienda, dejó en Carmen Baroja una sensación de fin de ciclo. Tras unos primeros años de posguerra igualmente durísimos, en los que la familia perdió la que era su casa en Madrid y, con ella, su forma de vida (la editorial Caro Raggio, cuyas maquinas quedaron destrozadas por los bombardeos o fueron después incautadas por el régimen franquista), Carmen Baroja pensó que, quizá, aquel podía ser el inicio de una etapa en la que, con medios materiales y ya sin ninguna ambición personal, la pena por todo lo perdido debía quedar a un lado y dejar paso a la esperanza en un porvenir mejor:

Aquellas necesidades de la juventud nunca logradas, viajes, amor, lujo, etcétera, no las tengo, no me molesta la carencia de ellas. No quiero nada, no aspiro a nada, no ambiciono nada. En el fichero de mi cabeza tengo a las personas y a los sentimientos perfectamente organizados en sus casilleros. El cariño de mis hijos me satisface con creces de todo lo que pueda ambicionar. Tengo el Arte y la Ciencia

como auténticas religiones. En el primero están mis principales santones, en la segunda mis creencias. De la religión verdadera prefiero no hablar... Esta guerra con todos sus horrores me hace pensar en muchas cosas. ¡No sé qué decir! Parece que se ha marchado todo, absolutamente todo lo antiguo, lo que constituía mi manera de vivir, casa de Mendizábal, imprenta, casa editorial, muebles, alhajas, ropas, casa de los Molinos, automóvil y, por último, Rafael. Se ha cerrado el cielo. Ahora empieza una nueva era para mí (Baroja, 1998: 209-210).

Es precisamente este contraste entre una juventud de deseos incumplidos e ilusiones quebradas, en la que todo fue un «querer y no poder», y una vejez de nostalgia y melancolía, pero también de felicidad y paz en compañía de sus hijos, lo que se desprende de la lectura del poema «La meta» (1945). Si en los primeros versos –que ya he citado más arriba– la autora recuerda esas ganas de vivir y de experimentar cosas nuevas que habían caracterizado su adolescencia, en la segunda parte del poema reconocemos a esa mujer que, sin caer jamás en la autocomplacencia ni el engaño a sí misma, ya no se culpa de lo que no fue y lucha contra la tristeza apoyándose en el amor que siente por sus hijos.

Concluyo este repaso a la poesía autobiográfica de Carmen Baroja con esos versos finales del citado poema porque, en mi opinión, sintetizan a la perfección los sentimientos y las emociones que sintió al final de sus días una mujer que, pese a haber permanecido siempre al margen, ocultada bajo la alargada sombra que proyectaron –y siguen proyec-

tando— los otros Baroja, tuvo también una literatura propia que, leída entre líneas, nos dice mucho más de lo que, en un principio, habríamos imaginado (Baroja, 1995: 39):

Ahora, que el triste curso de mi vida / pasó cual viento ya, / siento como, a la vez que melancólico, / fue rápido y fugaz. / Que, de la juventud, el tiempo / la huella dejó en mí, / una nostalgia de lo no vivido, / de amargura sutil. / Ahora, de la

vejez, las anchas puertas / veo de par en par, / y entro de lleno en las serenas huer-tas / donde he de reposar. / Aquí, me veo libre de temores, / de penas sin porqué, / pues de la juventud, los avatares / para siempre dejé. / De amor, gloria y sostén, / los hijos míos seguro norte son, / que ya no temo más los desvaríos / de la loca ilusión, / y, en mi serena vida, solamente / espero ya tener / la Nave que lleve dulcemente / al puerto del no ser.

Nota: Este trabajo forma parte del proyecto de investigación CREA(R)ED: Creadoras y Autoras Españolas y Latinoamericanas en Red (1824-1936) (FEM2013-42699), dirigido por la Dra. Pura Fernández y financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación del Gobierno de España.

¹ Además de Ricardo Baroja (1871-1953) y Pío Baroja (1872-1956), Carmen Baroja tuvo un hermano mayor, Darío Baroja (1870-1884), con quien apenas convivió porque murió prematuramente a los catorce años, víctima de una enfermedad, y otro nacido en 1879, llamado César Pío, al que tampoco conoció porque murió al poco tiempo de nacer.

² Del matrimonio entre Carmen Baroja y Rafael Caro Raggio nacieron cuatro hijos: el primogénito, Julio (1914-1995), Ricardo (1917-1921) y Carmen (1922-1924), que murieron a los pocos años de nacer y sobre los que su madre nunca quiso escribir ni hablar, debido al dolor que esto le producía; y, por último, el pequeño, Pío (1928).

BIBLIOGRAFÍA

- Baroja, Carmen. *Tres Barojas*, Edición de Pío Caro Baroja, Pamplona, Pamiela, 1995.
- «*Recuerdos de una mujer de la Generación del 98*, Prólogo, edición y notas de Amparo Hurtado, Barcelona, Tusquets, 1998.
- Caro Baroja, Julio. *Los Baroja (memorias familiares)*, Madrid, Caro Raggio, 1997.
- Caro Baroja, Pío. *Itinerario sentimental: guía de Itzea*, Pamplona, Pamiela/Diario de Noticias, 2002.
- Kirkpatrick, Susan. *Mujer, modernismo y vanguardia en España* (Trad. de Jaqueline Cruz). Madrid, Cátedra-PUV, 2003.
- Mainer, José-Carlos. «El aburrimiento de Carmen Baroja (al hilo de una memorias)». En *Turia: revista cultural*, nº 47-48, 1999, pp. 7-13.
- Zambrano, María. *La confesión: género literario*, Madrid, Siruela, 1995 [1943].